



EL RESPETO

La gran ley del mundo es la armonía.

Mientras los seres vivientes se subordinan á las condiciones de su naturaleza, su vida es natural, es ordenada, es armónica; pero cuando se apartan de los principios inflexibles y severos que rigen su existencia, su organismo se resiente, sus funciones se turban, y viene la perturbacion, el sufrimiento, la muerte.

Y ese fenómeno del orden físico se observa tambien en el orden moral, orden que está sujeto á principios eternos de justicia que no pueden infringirse impunemente. No vamos á disertar sobre doctrinas generales de filosofía; y por eso mismo detendremos nuestra pluma para entrar en la cuestion.

El respeto, esa consideracion que los hombres deben guardar para todo lo que lleve el sello de la grandeza, de la superioridad y de la dignidad, es el objetivo de nuestras reflexiones.

La sociedad no es una agrupacion

desordenada é inconsciente de seres humanos, sino que es una gran familia, es decir, un conjunto armónico de individuos que deben realizar los mismos fines y constituir un todo perfecto. Y para que esos fines se realicen, y para que ese todo se constituya, es preciso que haya identidad de miras, es preciso que haya conformidad de propósitos, es preciso que no haya disonancias, es preciso que no haya choques, sino que exista armonía.

Es cierto que el corazon del hombre, ese foco luminoso de los sentimientos, fuente del amor y germen de los afectos más sublimes y de las simpatías más vehementes, es una gran condicion de esa codiciada y necesaria armonía, pero no es garantía suficiente para obtenerla; porque el corazon arde en afectos volcánicos; porque estos afectos bastardean el alma, porque el alma extraviada se pronuncia contra lo que es justo, contra lo que es natural, contra lo que es neces-

rio. Hé aquí por qué decimos que el corazón, ó mejor dicho, que los sentimientos que en él brotan no son garantía suficiente para realizar la armonía social. Hé aquí por qué acudimos al respeto como á una idea que viene á llenar un vacío tremendo, como á una idea complementaria, como á un gran remedio, como á un recurso supremo en favor de las relaciones humanas.

Y sin embargo, ese respeto que tiene algo de religioso, ese respeto que aplicado á Dios es la religion misma, ese respeto que tan fecundo es en bienes, se desdeña, se menosprecia y se escarnece por los que se creen los espíritus fuertes, y sólo son los espíritus débiles, los espíritus enfermos que padecen el mal de la soberbia, mal que empequeñece y degrada, mal que insubordina, mal, en fin, que es un elemento perturbador del mundo.

Los espíritus frívolos y altaneros se empeñan en considerar al hombre como un ser autónomo é independiente de relaciones, sin acordarse de que es un ser contingente, que es efecto de una causa, y que depende de Dios, y que depende de sus semejantes, ó sea de la sociedad, y que depende de las necesidades de su organizacion; necesidades que no puede satisfacer en el aislamiento. Pero como la soberbia obceca el espíritu y ofusca la inteligencia, no es extraño que no vean lo que tienen delante y nieguen la evidencia. Y esa misma aberracion debe servir de saludable enseñanza á los hombres rectos, á los exentos de preocupaciones y ganosos de verdad.

Es indispensable para que haya concierto en todas las esferas sociales, que el hombre se acostumbre desde la infancia á respetar ciegamente á sus padres, á respetar á sus superiores y á sus inferiores, porque el respeto no es el servilismo; el respeto es el reconocimiento de la dignidad, y todo hombre debe ver en su prójimo el sello de la divinidad que Dios le imprimió al dotarle de alma inmortal.

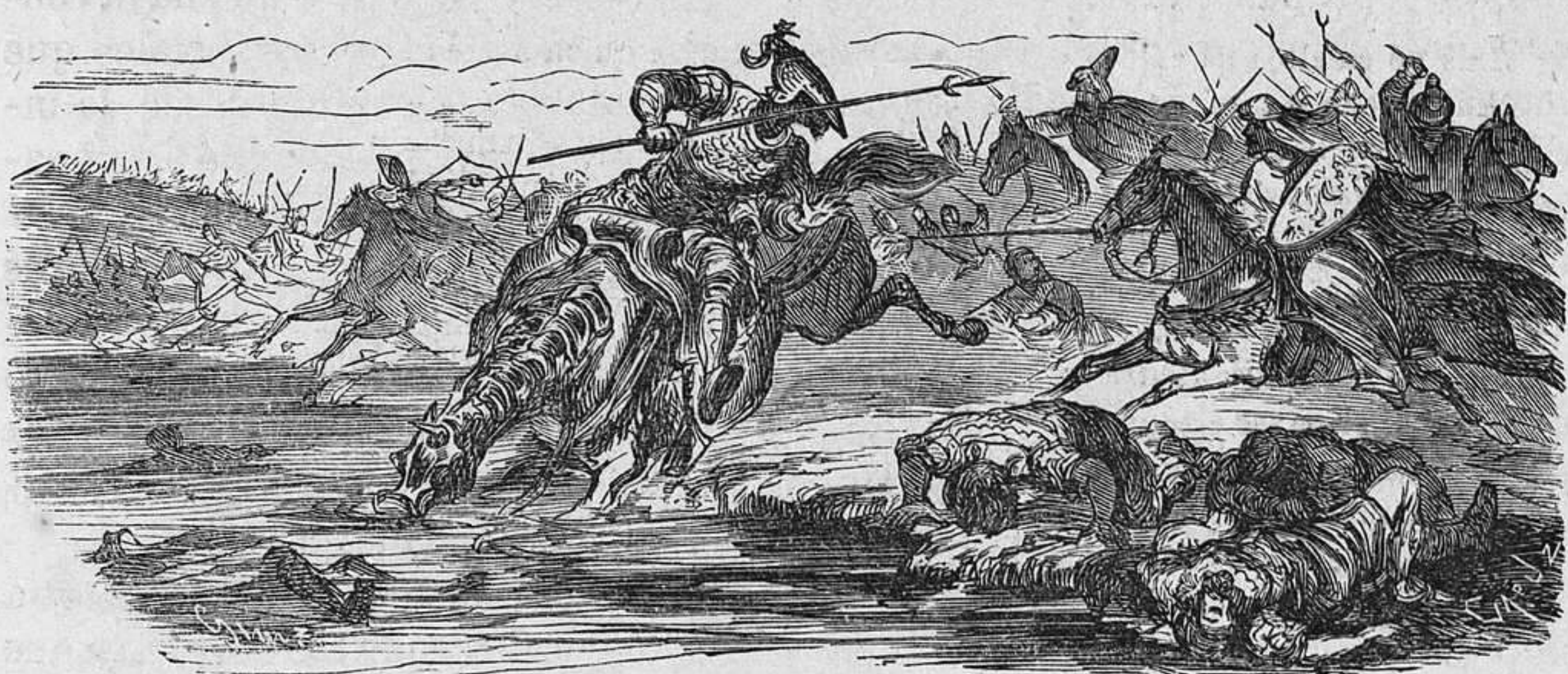
Por otra parte, si el amor es otra gran ley de la vida humana, hay que reconocer que el amor verdadero es respetuoso, porque el que ama quiere siempre realzar y dignificar á la persona amada, y para que los demás la respeten empieza por respetarla.

Es indudable: el respeto es una de las condiciones más supremas que gobiernan el mundo moral, y cuya importancia nunca se encarece bastante. Si todos nos afanásemos solícitamente por arraigar el respeto en todas las esferas sociales, no sólo predicándolo doctrinalmente sino enseñándolo con el ejemplo, es muy seguro que cultivariamos una gran semilla, semilla de amor y de orden, semilla benéfica y salvadora, que, concertando las voluntades y armonizando los corazones, sería un manantial inagotable de ventura y de prosperidad.

Enaltezcamos, pues, y glorifiquemos el respeto, porque el respeto moderará nuestras pasiones, templará nuestra arrogancia, exaltará nuestro amor, levantará nuestra dignidad, labrará nuestra dicha, y hará la dicha de la sociedad.

JUAN CANCIO MENA.





EL GODO Y EL AGARENO

ROMANCE HISTÓRICO

I.

LOS DOS CAUDILLOS.

Diez años iban corridos
 Del siglo octavo, en que ruda
 Contra la misera España
 Se revolvió la fortuna,
 Cuando en el ardiente Julio
 Rayó una aurora cual nunca
 Pálida, siniestra, opaca,
 Llena de tiniebla y bruma.
 A la manera que el cielo
 Por el horizonte enluta
 Denso vapor cuando amaga
 La tormenta furibunda,
 Así el alba de tal día
 En niebla insólita oculta
 Presagió tristes sucesos
 De baldon y desventura.
 No mintió: cuando triunfante
 El sol con su lumbré fúlgida
 Rompió la parda cortina
 De las nubes importunas,
 Eran las anchas riberas
 Que Guadalete fecunda
 El más sangriento teatro
 De la más sangrienta lucha.

Allí con horrendo choque
 Que por los aires retumba,

Dos falanges numerosas
 El triunfo ó la muerte buscan.
 Allí en arroyos la sangre
 De fieles é infieles junta,
 La mies dorada enrojece,
 Las claras aguas enturbia.
 Allí con heróico brio,
 Con indómita bravura,
 Guerreros contra guerreros
 En lid encendida pugnan.
 Se acometen, se rechazan,
 Nadie piensa en torpe fuga.
 Todo es fragoroso estruendo,
 Todo blasfemias é injurias,
 Y este ardoroso combate,
 Y esta refriega iracunda,
 Y esta confusion y espanto
 Tres días horribles duran.
 Y cuando al último de ellos
 Muriendo el sol se sepulta,
 El reino de Don Rodrigo
 Muere y descende á la tumba.

¡Qué aciaga fué la derrota!
 ¡Cómo su vergüenza apuran
 Los visigodos guerreros
 Que perdonó cruel fortuna!
 Protegidos por la sombra
 De la amiga noche oscura,
 En forzosa retirada

Sierras y desiertos cruzan.
 Mas no en ellos ha caído
 Anonadada y confusa
 La fiereza de su sangre
 Mas altiva que otra alguna;
 Pues pensando en la venganza
 Que á lidiar les estimula,
 Acuden á Teodomiro,
 Goño de preclara alcurnia;
 Y sobre el paves alzándole,
 En su derredor se adunan;
 Le aclaman caudillo, y piden
 Que á batallar los conduzca.
 Entónces el jóven godo
 De faz severa y ceñuda,
 De complexion vigorosa
 Y, más que su cota, dura;
 Osado, valiente, altivo,
 Y en cuya mirada adusta
 Del valor el fuego ardia
 Bajo el hielo de la astucia;
 Él que en la aciaga derrota
 Lidió con fiereza suma,
 Dispone que aquellos restos
 Su ejército constituyan.
 Y por sendas ignoradas
 Va á las montañas negruzcas
 Que á la celebrada Lorca
 Por largo trecho circundan.
 Y aún siendo pocas sus fuerzas
 Y las enemigas muchas,
 Empezar la reconquista
 Todos en silencio juran.

—
 La visigoda falange
 Há de menester ayuda,
 Pues los árabes temidos
 Siguen paralela ruta.
 El agareno Abd-al-Ázis,

El valiente hijo de Muza,
 En quien á par resplandecen
 El denuedo y la hermosura;
 Ese mozo temerario
 Que un ánimo feble anuncia
 Con su dulce voz, sus ojos,
 Su barba y guedeja rubias;
 Y en cuyas venas ardiendo
 Sangre arábica circula
 Que en la lid furor infunde
 Que al del tigre sobrepuja;
 Él que á España vino ansiando
 Conquistas, renombre, luchas,
 Y en su nativa fiereza
 Tiene un alma noble y pura;
 Cual sombra del héroe godo
 Va tras él: más triunfos busca:
 Todo lo vence de paso;
 Rinde á Lorca y piensa en Murcia.
 Entre tanto Teodomiro
 Que, aunque jóven, cuerdo juzga
 Que con tan crecidas fuerzas
 Combatir fuera locura;
 Como espera que más godos
 A su tropa se reúnan,
 Ni acepta el reto, ni quiere
 Descender á la llanura.
 Y en las peñas resguardado,
 Con perpétua escaramuza
 Del ejército agareno
 La marcha en los flancos turba.
 Y cuando éste ménos piensa,
 Cien dardos el aire surcan,
 Y otros tantos invasores
 Rinde su acerada punta.
 Y tal siguen: Abd-al-Ázis
 Retando al godo en su furia,
 Y Teodomiro acosándole
 Porque los montes le escudan.

(Se continuará.)

ANTONIO ARNAO.



CANTOS INFANTILES

Hace muchos años se publicaba en Madrid un periódico dedicado á los niños (*La Educacion pintoresca*, dirigido por D. Pedro José de la Peña, que esté en gloria) y en aquel periódico empecé á publicar una coleccion de *cantos infantiles*, en cuya introduccion dije:

«Muchas veces, en las apacibles tarde de primavera y en las hermosas noches de verano, he pasado horas enteras en la plaza de Oriente, en el Retiro, en el Prado y en otros sitios públicos, escuchando embelesado y conmovido esas originalísimas tonadas que cantan allí alegres y hermosos coros de niños que traen á nuestra imaginacion la idea de los coros angélicos que regocijan á los bienaventurados en el cielo; pero con dolor he observado, y estoy seguro de que no soy el único que ha hecho esta observacion, que la letra de estas tonadas forma repugnante contraste con la pureza de las voces y aún de la música que le dá vida.

»Aquellos labios de ángel que parecen formados para expresar las alegrías del cielo y bendecir las tristezas de la tierra, se ven con frecuencia manchados con palabras repugnantes por lo vulgares y aún por lo obscenas.

»Ruego á las madres de familia que recuerden los cantos que sus niños suelen recitar de vuelta del paseo y me digan si tengo razon. Los que no ofenden á la moral ofenden el buen sentido, los que no encierran una historia escandalosa como aquel que principia:

Me casó mi madre
chiquita y bonita,

se componen de un monton de palabras sin sentido, sin gramática y sin armonía, como aquel que comienza:

A la limon, á la limon,
que se ha roto la fuente.

»Ahora bien, si estos cantos (que áun tales como son, faltos de sentido, de gramática, de armonía, ó lo que es peor, faltos de todo esto y de moralidad) causan placer inefable, si estos cantos se reemplazasen con otros que reuniesen estas cualidades, calcúlese lo que ganarian el alma y la razon de los niños, y cuánto subiria de punto aquel placer.

»Los cantos infantiles han sido hasta aquí compuestos por las niñeras y las madres. Las niñeras carecen siempre de arte, y con frecuencia de moralidad, y las madres, si al sentimiento maternal deben esa divina intuicion del poeta que revela lo delicado y lo noble, carecen asimismo del arte, que en el poeta se halla al lado de la intencion. Hé aquí por qué los cantos infantiles ó son bárbaros, ó son inmorales, ó son ambas cosas á la par.

»¿Por qué los poetas no han escogido aún á los niños para glorificar las cosas santas y puras? ¿Juzgan indignos de interpretar sus inspiraciones á esos angélicos cantores de sonrosada mejilla, de dorada cabellera, de voz argentina y pura que se agitan bajo las olorosas enramadas del Buen-Retiro? Por mi parte confieso que más orgullo sentiré el dia en que á la sombra de esas enramadas oiga repetir uno de mis cantos á esos inocentes paja-

rillos que para vivir necesitan aún el calor del ala maternal, que el que pudiera sentir al oírsele repetir al primer cantante del mundo en un teatro henchido de espectadores locos de emoción y entusiasmo. Siempre he dicho con el divino Nazareno:—Dejad que los niños se acerquen á mí.

»No sé si los *cantos infantiles* que he compuesto corresponderán al plan que me tracé. Entónces dije: compongamos una coleccion de cantos que enseñen algo bueno para que los pobres niños se instruyan cuando se diviertan; que no carezcan de armonía ni de novedad para que así deleiten; que sean tan sensibles y puros en la forma como en el fondo para que así se aprendan y se reciten mejor; y que se adapten al tono de los que hoy existen para que de los que hoy existen se conserve lo bueno, que es el tono, y desaparezca lo malo, que es la letra.

»Despues de pedir á Dios que derrame su bendicion sobre los niños cuyas madres me complazcan, pido á las madres de familia que hagan á sus niños aprender y cantar cualquiera de mis *cantos infantiles*. Por poca que haya sido mi habilidad, por poco mérito que tenga esta obrita, estoy seguro de que la comparacion entre los cantos antiguos y los modernos ha de favorecer muchísimo á estos últimos. He hecho ya este ensayo, y he visto que estos cantos que leídos apénas producen deleite alguno, le han producido maravilloso entonados por tres ó cuatro hermosos niños.

»No cabe gran enseñanza en composiciones tan sencillas; pero aunque pequeña, la que encierran no será estéril: las ideas que se graban en nuestra imaginacion en la aurora de la vida

no se borran jamás, porque el mundo conserva siempre el color que ofreció á nuestros ojos en esa edad que no me atrevo á llamar venturosa, considerando que la punzada del alfiler hace tanto daño al pajarillo como la de la espada al hombre.»

Esto, poco más ó ménos, dije hace muchos años, y en seguida publiqué algunos *cantos infantiles*; pero fuese porque el periódico en que lo dije y publiqué los cantos tuviese poca circulacion, ó fuese porque á las niñeras gustasen más las chavacanerías que tradicionalmente hacen cantar á los niños que los cantares de los poetas sencillos y puros, lo cierto es que llegaron la primavera y el verano, y bajo las enramadas del Retiro y el Prado volvieron á resonar exclusivamente las chavacanerías de otros años. Entónces renuncié á mi laudable propósito de publicar mi coleccioncita de cantos infantiles; pero hoy que ve la luz pública un periódico de gran circulacion dedicado á los niños, recobro alguna esperanza de conseguir lo que no conseguí entónces, y voy á reproducir como por via de ensayo dos de aquellos, que son los siguientes:

EL BUEN GOBIERNO.

(TONO DE: *Sábado por la tarde.*)

Sábado cuando coje
mi maridito el jornal
deja á sus compañeros
que á la taberna se van
trago va, trago viene
su jornalito á gastar,
y me lo entrega todo
cuarto á cuarto y real á real.
—Toma, toma, me dice,
compra carne, compra pan,
compra lo que haga falta,
que tú muy bien lo sabrás.
—Yo le respondo haciendo

montoncitos el jornal:
 —Esto es para las deudas
 que tenemos que pagar,
 esto es para el casero,
 esto es para carne y pan,
 y esto es para guardarlo
 por si Dios nos diese un mal.
 Todas las mañanitas
 por mis puertas han de entrar
 como el oro la carne
 y como la nieve el pan,
 y al verlo mis hijitos (*saltando*)
 ¡qué saltar y qué brincar!
 Me dicen las vecinas
 llenas de curiosidad:
 —Tu marido y tus hijos
 como el sol de Dios están.
 ¿Qué les das, vecinita?
 vecinita, ¿qué les das?
 pues los nuestros se mueren
 de frío y necesidad.
 —Yo les doy, les respondo,
 buen gobierno y nada más.

ISABEL LA CATÓLICA.

(TONO DE *Este es el Mambrú, señores.*)

Esta es la historia, señores,
 de la primera Isabel,
 esta es la historia que deben
 chicos y grandes saber.

Érase una princesica
 de las pocas que se ven,
 que cara y alma tenía
 más de ángel que de mujer.

Por verla vino á Castilla
 un príncipe aragones.
 Enamorado no vino
 y enamorado se fué.

Caballeros de mi córte,
 dijo el príncipe al volver,
 corred, corred á Castilla
 y á la princesa Isabel,
 mi corazón y mi reino
 de rodillas ofreced.—

En Aragon y en Castilla
 todo regocijos es,
 que se celebran las bodas
 de Fernando y de Isabel.

Unidos dos corazones
 se unen dos reinos también,
 y el moro á la Morería

pronto tendrá que volver.

Casadicas y solteras,
 de esta señora aprended,
 que ella corta y ella cose
 las camisas del rey.

De oro son las tijericas
 y las agujas también,
 pero aunque sean de oro
 trabajo cuesta el coser.—

Por el mundo va un marino,
 un marino genoves,
 diciendo que dará un mundo
 al que un barquito le dé.

Todos le tienen por loco
 y todos se ríen de él.

A la reina de Castilla
 su mundo viene á ofrecer,
 desgarrados los vestidos
 y descalcicos los pies.

—Marinero, marinero,
 dice la reina Isabel,
 el cabello tienes cano,
 que le encaneció el saber.

Para que aparejes naves
 yo mis joyas venderé,
 que bendiciones del pobre
 le bastan á una mujer.—

Ya cruza la mar salada
 el marino genoves.

Llorando vá de alegría...

¡Que Dios le vuelva con bien!

—Aún manda en España el moro,
 dice la reina Isabel.

Dadme una cota de malla
 y un caballo cordobés,
 que de la gente cristiana
 capitana quiero ser.—

En los templos de Mahoma
 la cruz de Cristo se ve,
 y el moro á la Morería
 tiene al cabo que volver.

¡Qué barquitos son aquellos
 que entre la niebla se ven,
 dando contentos al aire
 las banderas de Isabel?

¡En ellos vuelve el marino,
 el marino genoves!

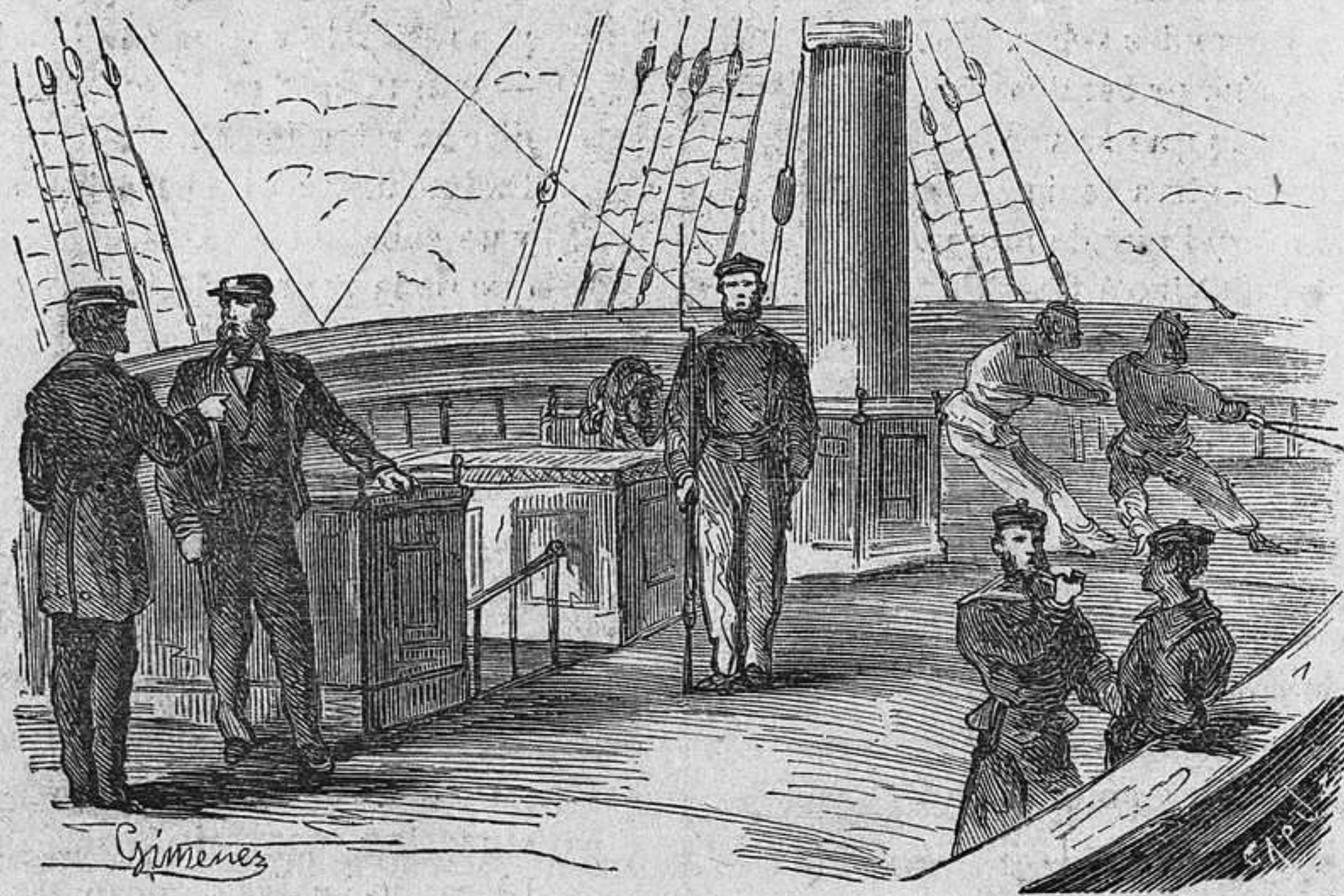
Llorando vuelve de gozo
 que Dios le vuelva con bien,
 y la reina de Castilla
 reina de dos mundos es!

ANTONIO DE TRUEBA.

ARMADA ESPAÑOLA



Cuerpo general de la armada.—Ingenieros.—Guardias marinas.



Contramaestre.—Pilotos.—Marinería.

LOS DIAS DE LA ABUELITA



El día del año que más se festeja en la casa donde hay niños, es el día en que se celebra el santo de la abuelita. Y es natural: la buenísima anciana está en los últimos años de su vida; ella siente que pronto va á dejar de ver á sus nietecitos, á quienes quiere más que á sus propios hijos, y los nietos quieren también mucho á la abuelita, aunque este amor es un poco egoísta, porque la quieren porque ella es siempre su defensora, porque ella les hace regalitos todos los días, y sobre todo en el de su santo, y porque todo se lo consiente y celebra. Los niños que tienen abuelita en casa pueden decir que tienen dos madres. Los viejos y los niños tienen muchas simpatías. Hay en efecto, una gran analogía de sentimientos entre los que dan los primeros pasos y los que dan los últimos en el camino de la vida.

CINCO DUROS

—¿Conque tienes cinco duros, Juanito? Te han cumplido tus papás la palabra de darte una moneda de oro si salias bien en el exámen, y eres lo que se llama un potentado. ¿Y tú sabes lo que es la moneda y para qué sirve?

—¡Toma! para comprarme dulces y juguetes.

—Justamente: ese creo que ha de ser el uso que piensas dar á la que posees, sin pararte en más y sin considerar que con ella enjugarias tal vez muchas lágrimas. Pues bien, querido mio, sin quitarte la intencion que tienes, y que á tu edad es muy perdonable, voy á ver si puedo explicarte brevemente lo que es ese pedazo de metal que para ti vale tanto.

La moneda en realidad no tiene más que un valor convencional que le han dado los hombres para atender á las varias necesidades de la vida con ménos inconvenientes que los que ocurrían antes de su uso.

Esos cinco duros que tienes hoy en tu mano, mañana podrian valer diez ó uno segun el valor que se les diese, porque lo que se llama ley de la moneda, que es el peso de ella y la clase de metal de que ha de formarse, ó los metales que entran en la composicion de la pasta de que se fabrica, varía segun las circunstancias.

Antes de conocerse, todo se hacía por cambios en especie: el que tenía sobra de un artículo, como trigo, tomaba de otro ganados, y él daba grano, y así los tratos eran ménos frecuentes y sólo se hacían los indispensables.

Luego, cuando se fué dando valor á

los metales, por una pequeña parte de metal dado al peso se recibían los efectos que se trataba de adquirir; y ya más adelante, una cantidad pequeña de ese metal, con distintos signos, que es lo que ha constituido la moneda, bastó para determinar su valor.

Como que de este modo podían cometerse muchas falsedades en perjuicio del público, los gobiernos de los pueblos se han encargado de determinar lo que había de representar cada moneda, el peso que debía tener y los metales de que podía componerse.

No siempre han tenido como ahora las monedas los mismos signos: las que hoy conocemos de la mayor parte de las naciones civilizadas, en un lado tienen el busto del soberano en cuyo tiempo se acuña, y en el otro las armas de la nacion; pero antes no se acuñaban así, y hay infinita variedad de ellas, que además de servir á los sabios para conocer más perfectamente la historia, para el estudio de cuya ciencia ha contribuido en todas épocas, puede deleitarnos su exámen por la variedad que ofrece su vista.

Si entras por acaso ó por curiosidad en algun museo donde exista un regular *monetario*, que así se llama la coleccion de monedas hecha con arreglo á arte, por antigüedad, clases de metal y naciones, distinguirás á las griegas por los raros geroglíficos que tienen.

Hallarás algunas con un delfin, y éstas te dirán que son de Delfos.

Para conocer las de Atenas, te indicarán los inteligentes que busques las

que tengan grabado un mochuelo, el pájaro de Minerva, divinidad pagana muy respetada en estos pueblos.

Algunas que encontrarás con un Baco, dios también de los paganos, pertenecen á los beocios, que hasta en los signos de la moneda querían dar testimonio de la abundancia y delicias de su territorio, así como los macedonios daban fe de su valor en el escudo que grababan en ellas.

En Roma hubo también varias, y la primera tenía una cabeza de Jano con una proa de galera en el reverso, que luego Servio Tulio sustituyó con la cabeza de un buey ó carnero.

En España hemos tenido muchas clases, tanto de oro como de plata y cobre, y aún las de unas provincias se diferenciaban de las de otras, especialmente en las de cobre, hasta que se ha unificado el valor de todas, el cual juzgo innecesario detallarte por suponer que lo tienes conocido.

La acuñación de la moneda está reservada al Gobierno, el cual tiene varias casas para su fabricación, ó sea edificios donde se funde el metal, se hacen las pastas, se cortan, se pesan y se acuñan en los troqueles.

A todos, pues, está prohibida la acuñación, y para los que se dedican á acuñar moneda de buena ó de mala ley hay severas penas en el Código penal.

—Después de lo que V. me ha dicho, voy á gastar pronto los cinco duros, no sea que disminuya su valor.

—No creas que el valor de la moneda se cambia de repente: han de ser muy graves las circunstancias que ocurran para que esto pueda tener lu-

gar. El dinero debe gastarse con juicio, porque de lo contrario se hace el hombre despilfarrado y acaba con su fortuna, así como tampoco conviene tenerle mucho apego, lo cual nos conduciría al otro extremo, más perjudicial, si cabe, que es el de hacernos usureros.

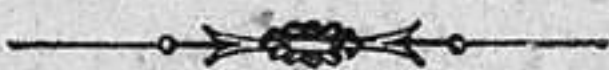
—El término medio es la constante pesadilla de V.

—En pocas cosas puede decirse tan exactamente que en el medio consiste la virtud, como cuando se trata del dinero. El deseo inmoderado de su posesión puede hacernos tan malvados como Judas, que por treinta dineros vendió á su divino Maestro, y el poco apego á él puede labrar nuestra ruina y tal vez la de muchos, cuyo bienestar dependa de nuestras economías y buena administración.

—Casi casi me pesa que mis papás me hayan dado los cinco duros.

—No es, mi querido Juanito, una cantidad tan grande que pueda crear obstáculos á tu felicidad. Gasta juiciosamente una parte de ellos en juguetes, destina otra, aunque sea pequeña, á limosnas, que el gran deber del que tiene es dar algo al que lo há menester, y ordenando tus gastos y haciéndolos juiciosamente, adquirirás poco á poco el hábito de administrar bien tu caudal; y si llegas algún día á gozar de una regular fortuna, ya sabrás sin gran dificultad cómo has de emplearla prudente y sabiamente en bien de tu familia, que es el tuyo propio, y en bien de los pobres.

F. ROVIRA AGUILAR.



LA GUERRA INFANTIL

CONTADA POR UN VETERANO

(CONTINUACION)

Esto del *desquite*, se referia al trofeo que el pobre Francisco veia al cabo de la percha en el campamento de Jorge, cuya vista le ponía tan fuera de sí, que en algunos momentos parecia que iba á lanzarse solo y sin reflexion para arrancarlo de manos del enemigo. Su gorra, su querida gorra, con la pluma de ave del paraiso, habia llegado á ser su pesadilla. Pero cuando uno quiere llegar á ser un gran general, es necesario saber acallar los sentimientos personales, y que una cuestion de amor propio no impida ver claro en la situacion, velar por todo y estar pronto á aprovechar las casualidades favorables que puede presentar la guerra. Así Francisco, notando que cada vez que veia la gorra se ofuscaba más su espíritu, tomó el partido de volverse de espaldas, lo cual era un buen medio para no verla, y se puso á pensar en el modo de asegurar á su gente el reposo necesario.

Hay hasta en la adversidad momentos muy dulces para un corazon sensible y valeroso. Francisco experimentó uno de ellos cuando al acercarse á Pablo, Rodolfo y Alberto, que hasta entonces habian respetado el dolor de su jefe, les oyó suplicarle que se sentara para descansar. Él debia estar más cansado que todos, puesto que no sólo habia trabajado con el brazo, sino tambien con la cabeza, y la fatiga del espíritu es más difícil de soportar que la del cuerpo: en cuanto á ellos, se encon-

traban llenos de ardor, no olvidaban su juramento de vencer ó morir con su general, y si por un capricho inesperado la fortuna les habia vuelto la espalda, estaban seguros, teniendo un jefe como Francisco, de conseguir vencerla y acabar la jornada llenos de laureles. Decir que al oír estas palabras los ojos de Francisco no se llenaron de lágrimas, además de ocultar la verdad sería calumniar el corazon del pobre muchacho. Sin embargo, impuso silencio á su emocion, sus lágrimas se detuvieron formando perlas en sus hermosas pestañas negras, y sacudiendo su arrogante cabeza y su poblada cabellera que parecia la crin de un leon, exclamó: «Gracias, hijos míos. Con soldados como vosotros se puede dar la vuelta al mundo.» Luego extendiendo el brazo en direccion al enemigo, dijo: «Tú, Jorge, has ganado la primera partida, pero yo tendré la revancha.»

Sin entusiasmo no se puede hacer nada grande ni bello, sobre todo en la guerra; pero no conviene tampoco descuidar los demás detalles. Es necesario, como se suele decir, reunir las cualidades de la serpiente, que es el emblema de la prudencia, á las del leon, que es el emblema del valor.

Francisco, para asegurar la tranquilidad de su campo, en vez de descansar, como le proponian, hizo por sí mismo un reconocimiento alrededor de su vivac y vió que era inexpugnable por

tres lados, y que si el enemigo trataba de sorprenderle tendria que dar un gran rodeo para acercarse á él por el camino del molino. Volvió á su campamento, participó sus observaciones á sus soldados, y manifestó que era indispensable enviar un puesto avanzado á dicho camino, si no era preferible colocar una centinela perdida en el mismo molino, con órden de avisar al ejército por medio de una señal convenida, de lo que el enemigo pudiera intentar por aquel lado.

Una centinela perdida no está tan perdida como parece indicar su nombre. Es una centinela colocada muy cerca del enemigo y muy léjos de los suyos. Para hacer ese servicio se necesitan hombres valerosos, vigilantes y astutos. Deben observarlo todo, tener siempre alerta la vista y el oído, atender al menor movimiento de la yerba, ver la más pequeña nube de polvo, oír el más débil ruido, y en una palabra, darse cuenta de todo lo que pasa en torno suyo hasta donde puedan alcanzar el oído y la vista. Deben además no dar sin motivo las señales de aviso, porque esto causa falsas alarmas é impide á la tropa tomar el descanso que necesita, lo cual produce grandes perjuicios.

Francisco dijo: «Si alguno quiere ser centinela perdida, que hable, si no la suerte decidirá á quién debe confiarse este importante y glorioso servicio.— Yo, yo, yo, — respondieron casi al mismo tiempo Rodolfo, Alberto y Pablo.— Rodolfo ha hablado primero, dijo Francisco, él irá al molino: se situará detras de la tapia medio arruinada que cerca el patio; allí estará como en un observatorio y libre á su vez de ser vigilado. Si el enemigo se presenta, Rodolfo trepará sin pérdida de tiempo al gran pe-

ral que hay cerca de la tapia, y que se destaca sobre la pared blanca de la caballeriza; el centinela del campo, que deberá tener la vista fija en el peral, verá á Rodolfo y avisará inmediatamente al general en jefe. Si se hace de noche ántes de que se presente el enemigo, no hay que añadir más que una cosa á la consigna de Rodolfo: una vez subido al peral, encenderá tres fósforos, cuya luz servirá de señal. Rodolfo debe buscar esos fósforos en el molino, procurando ocultar á sus habitantes el uso que quiere hacer de ellos y el objeto de su presencia en aquel sitio. En cuanto Rodolfo comprenda que su señal se ha visto en el campo, bajará del peral á toda prisa y correrá á reunírsenos por el camino más corto. ¿Habeis oído, Rodolfo?... Marchad y lo demás lo confio á vuestra perspicacia y á vuestro valor.»

Rodolfo partió, y el general Francisco se sentó á descansar, esperando los acontecimientos, despues de haber dado á Pablo y á Alberto las instrucciones y órdenes necesarias para la seguridad del campo.

XII.

EL SEÑOR INTENDENTE.

Mientras pasaban los acontecimientos que acabo de referir, el tiempo que marcha tan deprisa, que nadie ha logrado jamás alcanzarle, habia andado mucho camino: el dia habia avanzado tanto que el sol se iba ya acercando á su ocaso: una parte de sus rayos comenzaba á ocultarse en el horizonte. Los techos de pizarra y las chimeneas de ladrillo de la quinta, el agua del rio, el bosque, los prados, todo se tenía de ese color de púrpura y oro que

da al crepúsculo de la tarde un aspecto tan bello.

Hacía mucho tiempo que se había servido la comida en la quinta, y á pesar de que la campana llamó aquel día más fuerte que de costumbre, los individuos que formaban ambos ejércitos, ó no oyeron nada ó no quisieron darse por entendidos, de modo que las personas mayores tuvieron que comer sin ellos. Ninguno de aquellos soldados se había acordado de la sopa mientras duró el ardor de la pelea. El corazón hacía callar al estómago: la gloria adormecía al apetito.

Tranquilamente apoyados en el balcón principal, el general Berrea, su hija política, las señoras de Lopez y de Mendoza, el abogado Fuentes y hasta el cura del pueblo, que había ido á tomar una taza de café á la quinta, habían seguido con un interés que á ellos mismos les admiraba todas las operaciones de la campaña.

Cada uno naturalmente tomaba partido por los suyos, sin que esto le impidiera hacer justicia al valor de los otros. Por otra parte era muy difícil determinar quién tenía la razón. Muchas veces cuando el combate se empeñaba demasiado, las madres quisieron intervenir, y rogaron al general, que aún tenía una hermosa voz de mando, que llamara á los combatientes y se valiera de su poder para imponer la paz á los dos ejércitos; pero él se negó redondamente, y suplicó que por el contrario dejaran marchar los acontecimientos. «Lo cierto es, decía el buen general, que en todo esto no hay peligro de muerte y que los vencidos que-

darán buenos y sanos: dejémosles entretenerse y entretengámonos nosotros mismos viendo cómo se muestra el carácter de cada uno en el menor de sus hechos. Estudiémosles, señoras, y saquemos luego provecho de este estudio.»

Había en el salón dos corazones infantiles profundamente conmovidos, y que tomaban por lo serio la guerra de Jorge y Francisco: eran los de Luisa y María. Apenas se atrevían á levantar la cabeza desde que el Sr. de Fuentes por apurarlas las había acercado á una ventana en el momento en que la pelea era más reñida, y señalando al campo de batalla con uno de esos ademanes que los oradores emplean para dominar á su auditorio, exclamó en tono trágico: «Vosotras, señoritas, sois la causa primordial de este desastre: por vuestros lindos ojos tantos grandes capitanes y tantos valientes soldados van á derramar su sangre, que pertenece á la patria. ¿Qué respondereis á esa patria desolada cuando os pida cuenta de tal desgracia? Hé aquí los frutos...» Felizmente para Luisa y María, la señora de Lopez, que era enemiga de todas las exageraciones, acudió en su auxilio deteniendo al Sr. de Fuentes en la mitad de su período y diciéndole: «Vaya, vaya, mi querido abogado, no emplee Vd. en burlas los rayos de esa elocuencia de que le hemos visto hacer mejor uso. Es un arma demasiado poderosa para emplearla ni aún en broma contra estas chiquillas que serían capaces de aterrorizarse ante esa palabrería.»

(Se continuará.)



AUTÓGRAFOS DE ESCRITORES CONTEMPORÁNEOS

La cavidad no es unicamente un deber moral sino la satisfaccion de una deuda.

No hay defectos mas publicos que los del que pretende carecer de ellos.

La consideracion de los otros se gana prodigando la nuestra.

La discrecion es el dominio de si mismo para callar lo que se debe.

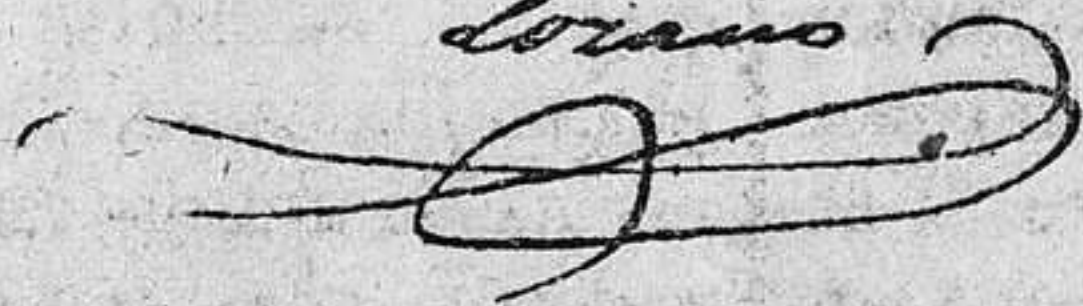
La ocupacion mas lucrativa del hombre es sin duda la de honrar a los otros.

La modestia evita en todos el duro de enaltecer al que la posee porque en el no se levanta un rival: por eso es implícita la soberbia.

La probidad cede mas en provecho propio que en bien de los demás.

Man. de Seijas

Lozano



El Excmo. Sr. D. Manuel de Seijas Lozano, que ya no existe, fué eminente jurisconsulto, y por su talento, por su gran instruccion, por sus conocimientos históricos, literarios y jurídicos, alcanzó una envidiable reputacion, no sólo en España sino tambien en el extranjero.

Como hombre político fué un modelo

de virtudes cívicas y patriotismo, y llegó á los primeros puestos de la nacion, no por medio de intrigas, sino por sus grandes merecimientos.

Hombres como D. Manuel de Seijas Lozano dejan siempre un grato recuerdo á su patria y un sensible vacio entre los hombres de bien.

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

REPRODUCCION FOTO-TIPOGRÁFICA

DE LA

PRIMERA EDICION

PUBLICADA EN 1605

DE LA QUE SÓLO SE CONOCEN DOS EJEMPLARES

PROPIEDAD DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA
Y LA BIBLIOTECA NACIONAL.

Va á repartirse la primera entrega de esta curiosísima edición.

PRECIO DE LA ENTREGA, 20 RS.

Pueden dirigirse las suscripciones á la Administracion,
Carrera de San Jeronimo, 45, 3.º, Madrid.

CERVANTES

